

## Un poeta en prisión

UN poco conocido suceso llevó al poeta E.E. Cummings (1894-1962) a un presidio militar durante la Primera Guerra Mundial en Francia. Fruto de esta experiencia dio en escribir un texto autobiográfico, titulado *La habitación enorme*, escrito a su vuelta a los Estados Unidos en 1920 y publicado un par de años más tarde en Nueva York.

Nacido en Cambridge (Massachusetts) y educado en Harvard en la lectura de los clásicos (de Esquilo a Shakespeare, como apunta Alfonso Canales), fue hijo de Edward Cummings, reverendo y docente de dicha institución universitaria. El talante pacifista de ambos, padre e hijo, nos lleva a extrañarnos ante el hecho de que este último se alistara para participar en la primera gran contienda del siglo XX. No en vano –según apunta su biógrafo Richard S. Kennedy, en *Dreams in the mirror. A biography of E.E. Cummings* (1980)– dio varias muestras de esta apuesta por la paz: la escritura de un soneto contra la guerra durante su estancia en Harvard o la asistencia a un acto contra la guerra que tuvo lugar en Nueva York en 1917.

Podemos entender mejor su decisión de tomar partido en la guerra si tenemos en cuenta que se alistó (como John Dos Passos, quien mantiene una actitud pareja a la de Cummings, tal y como narró en *Años inolvidables*, libro publicado en castellano por Seix Barral) en la Unidad de Ambulancias Norton-Harjes, que dependía de la

Cruz Roja y actuaba en consonancia con el ejército francés. Esto suponía adquirir, según Kennedy, «todo el prestigio del peligroso deber militar» sin por ello poner en riesgo su vida, puesto que estos voluntarios no entraban en combate. Por añadidura, la experiencia le serviría, según su biógrafo, para poder hablar o escribir sobre este hecho puntual con conocimiento de causa; lo legitimaba para ello.

Tras enrolarse, Edward Estlin Cummings conoció en el barco que lo llevó en dirección a Burdeos a William Slater Brown, inseparable amigo desde entonces. Con él pasará unas semanas de asueto en París antes de incorporarse a su destino. Son días de diversión: ambos acuden al estreno de Parade, el ballet compuesto por Erik Satie que tuvo como colaboradores a Jean Cocteau y Pablo Picasso; recorren la ciudad buscando libros (en el caso de Cummings, los de los poetas que conforman la antología *Six French Poets*: Rémy de Gourmont, Paul Fort, entre otros); frecuentan los bares; salen con chicas (nuestro escritor se enamora de una tal Marie Louise Lallemand, a la que seguirá escribiendo tras su forzada separación). En resumen, se lo pasan bien. Mientras, Cummings escribe versos y se ejercita en el arte del dibujo, una práctica que facilitará la escritura de algunos de sus poemas visuales posteriores (valga recordar el inolvidable *Loneliness*) y que lo llevará a desarrollar una suerte de carrera en paralelo.

La incorporación a la Unidad de Ambulancias Norton-Harjes cambia por completo la situación. Según Kennedy, los dos amigos, Cummings y Brown, no se llevan bien con sus compañeros, no han sido formados para el trabajo y no están acostumbrados a la disciplina. Por si fuera poco, se enemistan con Harry Brown, un mecánico del Bronx que está al frente de la sección en la que están destinados.

Este estado de cosas, unido a la censura en el correo (ni Cummings ni Brown ocultan las críticas), llevó a los dos amigos al campo de concentración de Ferté-Macé (en el departamento del Orne, situado en la región de Normandía) el 20 de septiembre de 1917. Allí estarán encerrados hasta el 19 de diciembre de ese mismo año. A la vuelta a los Estados Unidos, el reverendo Edward Cummings, que ha hecho algunas gestiones para facilitar la liberación de su hijo, le pide que deje constancia de la experiencia por la que ha pasado.

El resultado es este libro, temprano en su carrera, entre irónico y divertido. Que justamente parece estar escrito para dar cuenta no sólo de los días pasados entre rejas, sino para celebrar una experiencia que no olvidaría jamás. En su caso, y recurriendo al tópico manido, podría decirse que París, los días pasados en París con Marie Louise Lallemand o con su compañero de correrías, William Slater Brown, bien valieron un periodo de encierro. La pasión por todo lo francés se advierte en los frecuentes galicismos que el escritor norteamericano introduce en el texto. Pero también en cómo se refiere a los ciudadanos franceses, con los que simpatiza más y

mejor que con sus compatriotas norteamericanos.

Tras este libro inusual libro de prosa, Cummings siguió escribiendo poesía. No en vano, en 1923 aparecía *Tulips and Chimneys*, poemario en el que se incluían piezas que había escrito desde que tres años antes comenzara a publicar en la revista *Dial*. Esa fue, desde entonces, la constante en su carrera: la publicación de un poemario tras otro (*is 5*, en 1926; *Him*, en 1927, v.g.) hasta que en la década de 1930 inició otra costumbre, la de exponer sus dibujos, óleos y acuarelas en galerías de arte de Nueva York.

Por ello mismo, por su rareza, el valor de esta obra en prosa adquiere una importancia singular. La edición española, cuya traducción corre a cargo de Juan Antonio Santos Ramírez, incorpora algunos de los dibujos que Cummings llevó a cabo durante los días en que sufrió cautiverio. Son dibujos sencillos, apuntes tomados del natural casi siempre, que traza sobre un papel cualquiera.

En resumidas cuentas, les animamos a que se zambullan en la obra de E.E. Cummings: no sólo en este entretenido relato fruto de un tropiezo de juventud, sino también en el resto de su obra poética (traducida al castellano y publicada por sellos como Hiperión o Visor) y artística, de la que se pueden encontrar numerosos ejemplos en la Red. Si hemos de hacerle caso a su biógrafo, el ya citado Richard S. Kennedy, nos hallamos ante uno de los escritores capitales del pasado siglo XX. —RAFAEL MARTÍNEZ.

E.E. Cummings, *La habitación enorme*, Madrid, Nocturna, 2020.